



Pintura de la Santa Muerte en el mercado central de Acapulco, Guerrero. (Fotografía: John Moore/Getty Images)

# ¿La muerte tiene permiso?

Jaime Augusto Shelley

LOS GOLPES QUE DA LA VIDA NO TIENEN FIN. Siempre, en las crisis que ha vivido el país, al menos de treinta años para acá, se ha consolado la gente diciendo: “más bajo no podemos caer”, cuando luego hay otro escalón, y otro, rumbo al infierno de las calamidades cotidianas, irrespirables, que arrinconan y golpean a los simples habitantes de una comunidad, de una región, de un país contra el muro de la infamia y el dolor.

No acabo de entender la tolerancia de los mexicanos ante los crímenes que se cometen a diario contra ellos. ¿Es mero sometimiento venido de su pasado de pueblo vencido? ¿O ignorancia y *valemadrismo* ya encarnados en su ser?

Los crímenes de Estado son patentes, por omisión o no. La respuesta de un gobierno, ilegítimo o no, a las exigencias de la población para el esclarecimiento de esos crímenes, en todos los niveles del poder, es creciente y por demás justificada. Y las formas evasivas de las así llamadas autoridades resultan, cuando no grotescas, de elemental demostración de desprecio por sus gobernados.

Es obvio que el gobierno —este gobierno— no va a dedicar los recursos necesarios para la investigación de las decenas de miles de muertos y desaparecidos cuyas osamentas aparecen a diario en todo el territorio nacional, tampoco tendría el personal de investigación, mucho menos pagaría la indemnización a las familias de las víctimas. Imposible. Entonces no se habla más del asunto, son cosas del pasado, de otro sexenio, no nos corresponde a nosotros, etcétera. Además no es importante, seguro se trata de delincuentes victimados por otros delincuentes. No tiene nada que ver con el buen camino que llevan nuestras reformas que auguran un porvenir virtuoso.

Y vuelve la realidad a golpear de frente el discurso facilón y la mentira mal encubierta. Las jugadas del gran capital —el que dice qué se hace y qué no— resquebrajan los cimientos del edificio verbal, tan repetitivo, y todos los planes de mentiritas se van a la basura. ¡Otra devaluación! Más despidos de trabajadores, recortes de presupuesto, se escuchan quejas de colaboradores de la SEP, Conaculta, Bellas Artes, de que se les retienen los pagos de sus servicios por meses, sin hacer caso de las protestas. Es claro que los recortes afectarán, primero que a nada, esas actividades secundarias, superfluas, no indispensables... sin decirlo, por supuesto.

PEMEX vende petróleo ligero a precios muy bajos y compra gasolina a precios más altos. ¿Ingeniería financiera de altísimo nivel, o saqueo descarado de un puñado de ladrones de cuello blanco?

No sabemos quién organiza las jugadas de casino de la economía para que el país deba comprar maíz, frijol, chiles varios y tantos otros alimentos (sin contar los procesados) en el mercado internacional, léase Estados Unidos, cuando aquí se podrían producir, de existir una política coherente en el campo y no la de aprovechar las mejores tierras para el cultivo de productos de exportación de alto rendimiento económico que no deja al obrero nada más que paga miserable y trabajo excesivo, pues los beneficios se quedan en manos de unos cuantos que depositan sus ganancias en bancos extranjeros.

El abuso es ostensible, masivo, continuo. Y hay que pagar impuestos, no faltaba más. Y para pagar, ahora uno tiene que pagar. Ni a Kafka se le hubiera ocurrido una alegoría semejante. Hay que comprar los recibos, de otra manera no se acepta.

Todo empezó, hay que recordarlo, cuando nos vimos obligados a comprar ni más ni menos que ¡agua! Porque la que salía del grifo no era potable, vinieron esas maravillosas empresas a vendernos botellas de agua (que al principio presumían era de manantial, lo que resultó una mentira publicitaria) y aquello se convirtió en algo natural para los habitantes de este pobre país.

El servicio de agua limpia y potable es una obligación del Estado. Pagamos por ella. Si se asoman a su recibo bimestral habrán notado la medida en que ha subido el costo, sin ninguna mejora ostensible. Idiotas manipulables es lo que somos, de una manera o de la otra. La presión permanente a que se está expuesto vía los así llamados medios de comunicación es abrumadora. Un incesante bombardeo que te empuja a comprar, todo el tiempo, cosas que no necesitas, más caras por supuesto que las que normalmente utilizas porque son “de marca”, socialmente aceptadas o sugeridas, so riesgo de parecer inferior ante tus pares.

La economía no crece hace décadas. Es cierto que la automatización mandó fuera a un número considerable de gente, pero tampoco se establecieron nuevas empresas, mientras las pequeñas que servían a las grandes desaparecieron porque se prefirió importar las partes necesarias por aquello de la dudosa calidad local. Las tienditas de la esquina y las de reparaciones varias, también. Las cadenas de tiendas departamentales y las Oxxo, de un consorcio de Monterrey, acabaron con ellas. Ya no hay quién te fíe una latita de atún o un panqué cuando la quincena se te acaba antes de tiempo.

México está en la lona, todos somos más pobres cada día, aunque no lo notemos. O sí, cuando los precios de un día para el otro, cambian.

Para rematar, los sindicatos “obreros”, la iniciativa privada y el supremo gobierno, después de ponderar largamente el tema, decidieron, en bien del país, otorgar un aumento al salario mínimo, mismo que no alcanza ni para comprar un boleto del metro. Y el pueblo respetuosamente guardó un silencio ancestral. (Todos sabemos que el PRI usará eso del aumento al salario mínimo para sus campañas electorales. Lo que no sabemos es que dada la no presión del movimiento obrero —la estática, sería más puntual decir— esto se dé en 2015, o para la siguiente. Mientras el cuerpo aguante).

Y en medio de estas desoladas noticias, aparece un rayo de luz, algo así como una aparición divina: un grupo comercial anuncia que compra otra cadena. No sería gran noticia en tiempos de bonanza, con indicadores positivos en el panorama. Sólo que yo quisiera que alguien me explicara cómo una cadena mediana de tiendas, Soriana, venida de las polvosas tierras de la Laguna, decidió comprar, en efectivo, la Comercial Mexicana, por la cantidad de \$39,200 millones de pesos. ¿Quiénes son los dueños? ¿Cómo es que tienen guardaditos bajo la cama esos billetes? La suspicacia salta a la vista porque resulta, sí, que es el mismo negocio que distribuyó, en la campaña presidencial, vales de despensa a cambio de votos. Allí se las dejó de tarea. Oh, ciudadanos olvidadizos. Ustedes que todo lo superan. 